

EL OBRERO DE LA TIERRA

Redacción y Administración: Plamonte, 2 (Casa del Pueblo). Tél. 41665

ORGANO DE LA FEDERACION NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA TIERRA

II CONGRESO DE LA FEDERACION NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA TIERRA

SESION INAUGURAL

Discurso de Besteiro

El camarada BESTEIRO: Queridos compañeros: Nosotros, aunque procuremos muchas veces hacer cambios en nuestra naturaleza, somos siempre en el fondo unos sentimentales. Solamente porque somos unos sentimentales me explico yo este privilegio que me habéis concedido hoy arrastrándome propiamente a ocupar esta tribuna. El compañero Lucio Martínez lo ha dicho: Yo soy una persona unida, sin duda por convencimiento, y también por corazón, al movimiento proletario; pero, en cambio, yo no estoy muy seguro de tener toda la competencia y toda la capacitación que hacen falta para dirigirse a una asamblea tan importante como ésta, constituida por representantes de obreros del campo.

El problema político, el problema social que plantean los campesinos de España, por su complejidad, por su profundidad, por su agudeza, a mí siempre me ha dejado un poco en suspenso y parado, pensando que las decisiones que se hayan de tomar, que las ideas que se hayan de emitir, han de ser muy reflexivamente pensadas para que en ningún caso, en momentos trascendentales, hombres que se lo juegan todo, muchas veces en el aislamiento, lejos de esta atmósfera confortante de las grandes ciudades, sean conducidos a un fracaso con la mejor intención. Después de esto comprenderéis que yo hablo con un cierto temor, que, sin embargo, no me ha de impedir decir con toda claridad como veo yo las cosas, no para que mis ideas sean aceptadas ciegamente por vosotros, sino para daros motivo a vosotros mismos, después de las ideas que yo exponga, para que con la experiencia directa que como nadie tenéis de la realidad que está frente a vosotros podáis tomar vuestras determinaciones y encaminar vuestra acción en el Congreso que vais a celebrar y vuestra actuación futura cuando este Congreso se cierre.

En primer lugar tengo que daros una o varias enhorabuenas. La primera está motivada por el crecimiento extraordinario de vuestra organización. Esto de que en el transcurso de dos años hayáis doblado doce veces el número inicial de vuestros militantes es un caso que yo no sé si tiene precedentes en la historia de las luchas sociales; pero que, tengáis o no lo tengáis, es verdaderamente extraordinario y asombroso, tan extraordinario, camaradas, que hace pocos días un correligionario francés me preguntaba: «¿Qué piensa usted de este acrecentamiento inusitado, extraordinario, de la organización obrera de España?» Y yo le decía que me da un cierto miedo. Miedo, ¿por qué? ¿Porque seamos cada vez más? ¿Porque tengamos cada vez más fuerza? No, por eso no; miedo porque cuando éramos pocos estábamos muy seguros del terreno que pisábamos, y porque cuando somos muchos debemos tener la misma seguridad; pero nuestra responsabilidad es mucho más grande, porque las consecuencias de los errores, como las consecuencias de los aciertos, son mucho más grandes también.

Yo tengo una particularidad de la cual no me envanezo; yo no soy el hombre que sabe cantar el himno de las victorias y que participa con pleno corazón de los entusiasmos el día del triunfo; yo soy más bien el hombre de la víspera y del día después, y por eso estos grandes triunfos que se traducen en unas cifras colosales de adherentes a nuestras organizaciones no me producen el arrobamiento ni el entusiasmo que producen a otros camaradas. No es solamente el valor cuantitativo lo que nosotros necesitamos, es el valor cualitativo, y si, entusiasmados con nuestras fuerzas materiales, no atendiésemos a las fuerzas espirituales, la fuerza material no nos serviría para nada. Tenemos el ejemplo en otras organizaciones más desafortunadas que las nuestras. Cuando la Unión General de Trabajadores tenía 60.000, lo más 80.000 afiliados, había organizaciones de una táctica, de una ideología completamente distinta en España que presumían de tener 300.000; cuando la Unión General de Trabajadores llegó a alcanzar la cifra de 300.000 adherentes, había organizaciones que presumían de tener medio millón de afiliados. Y bien: aquellos colosos, compañeros, tenían los pies de barro, y se hundieron mil veces y se deshicieron, y de ellos no quedó absolutamente nada. ¿Por qué? Porque sus fundamentos no eran sólidos, como son sólidos los fundamentos de la Unión General, a la cual pertenecemos.

(Aplausos.) Debemos, pues, congratularnos de ser tantos y tan buenos; pero no debemos congratularnos hasta el punto de que con las glorias se nos vayan las memorias y no reconocamos los peligros que podemos encontrar en nuestro camino y no atendamos, sobre todo, a la pureza de nuestra estructura moral, que ha sido la que ha hecho que en tiempo de Pablo Iglesias, con exiguo número de militantes, el Partido Socialista adquiriese una fuerza moral inmensamente mayor que la que en sí tenían sus efectivos, que pesase sobre la nación y preparase días de gloria para ella. (Aplausos.)

Tengo que felicitaros también por la preparación de este Congreso. He leído la Memoria de vuestra Secretaría, y he visto el cuidado y la sinceridad con que ha sido redactada, de tal manera que a vuestras deliberaciones ofrece una base de materiales de un gran valor. Se aprecia en ella, además, el deseo y la intención de que no os falten elementos de juicio. Esa ha sido siempre la norma entre nosotros; ése es el abecedario de nuestra conducta. Sin embargo, como hay opiniones para todo, no falta quien sostenga hoy que las Memorias de las organizaciones han de ser pequeñas e incompletas. Creo que deben ser completas en todo y que hay algo en que deben ser escrupulosamente detallistas: en lo relativo a los datos que los militantes necesitan para saber cómo han inter-

pretado su mandato los elementos directivos, porque nuestra organización es una organización democrática — hay que decirlo —, y si es así, en ella pueden existir elementos conductores, por más experimentados, por más capacitados, por más competentes, por lo que queráis; pero no hay jefes, mucho menos dictadores, y muchísimo menos déspotas. Pues bien; si a los Congresos no se llevan todos los elementos de juicio y no se discute metódicamente la conducta de los organismos y de las personas directoras, se establece en la organización un sistema dictatorial, que es radicalmente opuesto a nuestros principios y que a la larga nos conduciría a la ruina. (Muy bien.) Y como vosotros, camaradas, estáis libres de esa tendencia, y he visto, hojeando la Memoria, que habéis sabido colocarnos en la posición que es precisa para garantizar la firmeza de nuestra organización y de sus actuaciones, yo os doy la enhorabuena con todo calor y entusiasmo.

Tengo que daros asimismo otra enhorabuena por la ocasión en que venís a celebrar vuestro Congreso. Venís a celebrar este Congreso cuando las Cortes de la República española han votado la ley de Reforma agraria. Os doy a este respecto una enhorabuena no incondicional, como lo era la anterior, sino condicionada y circunstanciada, como la primera, la que se refería al número enorme de militantes con que contáis. Tenéis una

Reforma agraria. Está bien: es un gran adelanto; pero hay gentes que en el entusiasmo del triunfo propenden a considerar que cuando se ha conseguido una de estas victorias ya está conseguido todo; y la realidad es que cuando se ha conseguido una de estas victorias es cuando empiezan las dificultades y los grandes trabajos. (Muy bien.) Tenemos una ley agraria. ¿Con nuestro espíritu? No. Fijaos en la génesis de esa ley agraria. El Partido tenía unos principios y unas reivindicaciones de los obreros agrícolas bien orientados, aunque un poco retrasados, pobres y faltos de desarrollo. Cuando se precipitaron los días de decadencia de la monarquía y se veía venir la República empezaron a surgir iniciativas de reforma agraria, y muchas de ellas no surgieron, como debían surgir en nuestras organizaciones, mediante discusión en las asambleas, sino que, como el tema era tan dado a ello, nacieron muchas figuras más o menos de aspecto de Júpiter, cada una de las cuales llevaba en su cabeza, como una Minerva armada de todas las armas, la reforma agraria. Parecía que había entre los españoles gentes que tenían la receta y el secreto por los cuales, de la noche a la mañana, se iban a emancipar todos los campesinos y se iba a producir la felicidad en todas las aldeas del territorio español. Con esto se ha creado una tendencia de entusiasmo ciego, supersticioso y un tanto milagrero que nosotros tenemos que combatir como lo hemos combatido siempre.

Triunfó la República; se nombró una Comisión técnica para preparar la ley agraria, y en la Memoria podéis ver lo que ocurrió. Allí hubo hombres sabios, técnicos, técnicos de la agricultura y técnicos de la abogacía, que siempre han predominado, quizá para nuestra desgracia, en este género de faenas agrícolas, desde las Secretarías y los Juzgados municipales en los pueblos hasta las grandes asambleas técnicas preparatorias de las leyes. Surgió un proyecto de decreto, y la representación obrera tuvo que proponer un contraproyecto que estaba orientado según nuestros principios, porque el de la mayoría de la Comisión no lo estaba; y no hubo decreto. Se elaboró un proyecto de ley, y ese proyecto de ley, nosotros hemos de reconocerlo, nos ofrece coyunturas favorables que debemos aprovechar; pero también debemos reconocer sus defectos. Uno de ellos es este que yo apuntaba antes: su extremada perfección técnica jurídica. Yo, compañeros, me temo que para interpretar justamente la mayor parte de los preceptos contenidos en la ley de Reforma agraria vais a necesitar tener constantemente a vuestro lado un jurista, un exégeta, un intérprete, porque están escritos en términos ininteligibles para la mayor parte de vosotros, y desde luego para mí. (Risas.)

No tengo que decirlos el peligro que eso entraña. Si nos metemos en un camino demasiado precioso de interpretación de las leyes podemos entrar en un mar proceloso de confusiones, y puede ocurrir que una ley que deba poner claridad en lo turbio sea una ley que tenga confusión en lo confuso y que origine una serie de recursos, de discusiones y aun de pleitos que no tengan fin.

En suma, en España, donde faltan muchos talentos sencillos, claros, nuevos, orientados hacia el porvenir, hay muchos talentos de tipo del bachiller Sansón Carrasco, que sólo pueden prosperar en medios de cultura imperfectamente desarrollada; son los únicos para embrollar las cuestiones, y yo temo que esta ley de Reforma agraria ofrezca elementos bastantes para que esos talentos se explen a su gusto.

Ahora bien; que yo ponga estos defectos a la ley de Reforma agraria, ¿quiere decir que debemos volverle la espalda, que no sea una victoria? ¡Ah!, lo es; ofrece un campo, varios campos de acción a la clase trabajadora. No es pequeña la labor que habéis de realizar en las Juntas provinciales, la labor que tenéis que realizar en las Comunidades de campesinos, la labor que os espera velando porque haya representación vuestra bien elegida en el Instituto de Reforma Agraria; porque, en suma, lo que la Reforma agraria haya de ser lo han de hacer estos organismos, y aunque sean imperfectos, como en ellos podemos penetrar, no nos hace falta que sea con la mayoría; con una representación clarividente, bien intencionada, perseverante, llena de espíritu revolucionario, no de alharaca, sino de realidades, con eso sólo ya nos abren una amplia y segura perspectiva de triunfo. (Muy bien. Grandes aplausos.) Ahora, que ningún militante de conciencia os pue-



Aspecto que ofrecía el teatro Pardiñas durante la sesión inaugural del Congreso.

Ayuntamiento de Madrid

de engañar diciendo, como se ha pedido por ahí, que se echen a vuelo todas las campanas de todas las aldeas. ¿Para qué? ¿Para crear ilusiones que al día siguiente se desvanecieran y formar multitud de hombres indiferentes, incapaces de moverse con ilusión? No; lo que hay que decir a los obreros del campo desde este momento, interpretando o tratando de interpretar con buena intención lo que puede ofrecernos la ley agraria, es que nos abre un campo de trabajo para la realización de nuestros ideales inmensos. Y eso no es poco. Ya sabemos, por experiencia, que aunque es verdad que en el fondo de todas las virtudes hay oculto el gusano de un egoísmo, las multitudes de trabajadores se mueven por impulsos generosos, muchas veces sacrificando su personal bienestar a conciencia, porque saben que van a conseguir el bienestar de las generaciones futuras. (Aplausos.) Y si hasta aquí yo he puesto algunos reparos, algunos toques de pesimismo que vengan a romper el tono general de la alegría un poco bullanguera de nuestros momentos, permitidme que os diga que, aparte de las condiciones de temperamento, que yo no tengo por virtudes, a que antes aludía y que se dan en mí, lo he hecho porque creo que es tan funesto un optimismo ingenuo como un pesimismo enervante.

Llevo ya sobre mí una serie de juventudes distintas, yuxtapuestas, que me permiten mirar atrás con cierta lejanía hacia los hechos pasados, y recuerdo aquellos tiempos en los cuales la mayor parte de los españoles creíamos que éramos los hombres más guapos del mundo, y, sobre todo, que nuestras mujeres eran incomparables por su belleza con las más bellas que existiesen. Los hombres, aparte de guapos físicamente, nos creíamos también valientes, invencibles. Esa era una creencia general. Recuerdo que cuando surgió el conflicto con los Estados Unidos hubo un periódico satírico conservador — la sátira de sacristía es la que aquí se ha cultivado más — que pintaba un barco yanqui — ¡pobrecillo! — y a un español con la navaja en la boca nadando al abordaje de ese barco para acabar con todos los yanquis habidos y por haber. (Risitas.) Creíamos también que nuestra armada era invencible, y una vez más fue vencida.

Por eso ha nacido en mí un sentimiento profundo que me lleva a combatir los optimismos exagerados y la representación hiperbólica de nuestros triunfos y de nuestras grandezas. ¡Bueno fuera que ahora no creyésemos en el valor de los piratas, ni en la eficacia del ejército y de la marina; pero, en cambio, pensásemos que nuestras organizaciones son las más perfectas del mundo y que ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer, porque desde aquí en adelante todo han de ser victorias! ¡Ah! No. Ese es el peligro contra el cual hay que prevenirse. Debemos conservar la impresión de que todavía somos pequeños y pensar que si alguna vez logramos ser verdaderamente grandes lo seremos solamente a condición de que no perdamos la cabeza, porque de otro modo caeremos inmediatamente en la vergüenza de la derrota. (Aplausos.)

Si tengo que combatir los optimismos exagerados, peligrosos, tengo que combatir también los pesimismo enervantes, porque después de aquella época en que nos creíamos los más guapos, los más valientes e invencibles del mundo, cuando se demostró que no lo éramos, la gente que se asociaba al extranjero iba avergonzada y muchas veces cometía la cobardía de ensalzarse denigrando a los suyos y exagerando los males y el descrédito de España. (Muy bien.) Contra todo eso he tenido algunas veces que protestar fuera de aquí, y, además, digo que precisamente los pueblos caídos, los que luchan con dificultades, los pueblos pobres, son los que pueden aprender una lección dura; no perder la cabeza en los momentos favorables, y ser grandes no para imponerse a los demás, sino para cooperar con los demás a la redención y a la libertad de toda la Humanidad. (Aplausos.)

Yo os digo, compañeros, que si esta magnitud corporal que hemos adquirido tiene sus riesgos y si esa ley de Reforma agraria que hemos alcanzado tiene sus inconvenientes, hay una firme garantía para que contra esos riesgos y esos inconvenientes podamos imponer nuestro espíritu y vencer. Veo yo esta nota alentadora en vuestra propia actitud y en vuestra posición de militantes societas.

Vosotros, lo recordaba Lucio Martínez, habéis nacido al lado de la Unión General de Trabajadores, pertenecéis a ella, y pertenecer a ella quiere decir que sostenéis una táctica que ha sido siempre en España constantemente combatida por los elementos anarquistas o anarquizantes, pero que es la única táctica seria y fundamentalmente revolucionaria. Lo demás no es otra cosa que apariencias y engaño de almas incautas. (Ovación.) La primera obra que tienen que realizar los militantes verdaderamente revolucionarios es ahuyentar las brujas, acabar con los fantasmas y terminar con los prejuicios; y no hay brujas, fantasmas y prejuicios más grandes que éste según el cual los hombres creen que siendo muy brutos lo van a arreglar todo. (Risitas.)

Me explicaré en términos más finos. Quiero decir que hay personas que, siguiendo una corriente ideológica que ha tenido en sus días brillante repre-

sentación literaria, creen que la sociedad, económica, moral y políticamente, está mal porque existe un régimen opresor de la mayoría de los hombres, y que lo que tienen que hacer los oprimidos no consiste en otra cosa que en destruir esta estructura social, pensando que después la Naturaleza misma, que es buena, porque los que han producido el mal son los hombres malos (como si ellos no fueran también Naturaleza), va a engendrar una sociedad perfecta. Y así, con esta idea supersticiosa, hay muchos hombres pertenecientes al proletariado que creen que su misión es relativamente sencilla: destruir, destruir, destruir; ser rebeldes y no construir nada, porque la Naturaleza, una especie de Dios, les dará la construcción que ellos apetecen. (Muy bien.) Eso es ser revolucionario a medias, y todavía soy muy generoso al conceder esa participación.

He conocido muchos hombres eminentemente conservadores que en espíritu destructor no tienen nada que envidiar y seguramente superan a los anarquistas. Por algo esas ideas anarquistas, meramente destructoras, han contado a veces con manifestaciones no sólo ideológicas, sino prácticas, de extrema derecha y de extrema izquierda. Esos niños que van a Villa Cisneros haciendo desplantes de mal gusto se parecen mucho, hay que reconocerlo, a algunos pretendidos revolucionarios que gastan su energía en desplantes, pero no realizan ninguna labor positiva.

Contra ese espíritu ingenuo, primitivo, arcaico, estéril de la revolución ha protestado siempre, sobre todo con su conducta, la Unión General de Trabajadores, y ha predicado, ¡qué cosa más burguesa!, la lucha legal. La lucha legal, porque la ley no lo puede todo, pero puede mucho: es un arma para el combate que da muchas ventajas, y no vamos los que militamos en las filas del proletariado, cuando tenemos que emprender una batalla con nuestros enemigos (porque la nuestra es una lucha, una batalla continua), no vamos a imitar la conducta que pudiera observar un pueblo primitivo que, al verse frente al ejército poderoso de una nación de primer orden, se conformase con entonar cantos de guerra, bailar danzas bélicas y disparar flechas.

Si el enemigo tiene cañones de largo alcance, ¿de qué le iba a servir toda la pasión guerrera a un hombre de una tribu primitiva? Pues las luchas que como revolucionarios preconizan algunos elementos que han combatido siempre a la Unión General de Trabajadores no consisten más que en eso: en no usar más que las armas primitivas y ser vencidos constantemente. El que lo crea así, que lo practique solo; pero que no aconseje a ninguna organización que lo haga, porque eso es un crimen. (Aplausos.)

También — porque los defectos no hemos de verlos sólo en los adversarios, sino en nosotros mismos, para ser cada vez mejores — se puede pecar por una especie de superstición legalista, por creer que teniendo muy buenas leyes protectoras del trabajo ya está conseguido todo y no tenemos que pensar en otras facetas revolucionarias, y hasta podemos abandonar un poco nuestras propias organizaciones a que sigan la corriente de su naturaleza. ¡Ah! Eso sería un grave mal, y de él quiero yo hablar, porque de ese mal a veces se presentan entre nosotros síntomas. Os decía antes: No perdamos la cabeza por ser muchos; no perdamos la cabeza por tener una ley de Reforma agraria, que hay quien dice que es la más avanzada de las que se han hecho en Europa.

Ahora os digo: Yo me alarmo un poco cuando oigo decir — y hace pocos días lo leía en un periódico — que hay acuerdos, convenciones de Ginebra que únicamente ha ratificado España y que las demás potencias de Europa no han ratificado — ¡si seremos grandes! —, y que tenemos una legislación social riquísima, copiosa, con la cual nos podemos presentar muy orgullosos en las asambleas internacionales. No vamos a incurrir nosotros también en un mal nacional muy frecuente y que nos ha hecho padecer mucho, que ha consistido en vivir una vida de apariencias muy pulcras y presentables en el extranjero, y de realidades, de un atraso y de una ignominia grandes. Esa era la historia ignominiosa de la monarquía, en la cual todo era mentira. No nos confiemos demasiado y no vayamos a creer que nuestros adelantos en el orden legislativo social tienen todos una base sólida en la realidad. Hay que preguntarse cuáles de esas leyes no son solamente una cosa traída del exterior, sino algo nacido de nuestras entrañas, practicado con verdadera realidad entre nosotros. (Muy bien. Aplausos.)

Existe, sin duda, ese peligro, y creo que es nuestro deber reconocerlo. Pero porque las cosas sean peligrosas no se ha de desistir de ellas. Hay muchas cosas peligrosas que hay que hacer en la vida. Ser concejal, queridos compañeros, lo sabéis muy bien, es una de las cosas más enojosas que puede haber en el mundo y también más llena de interés, porque las cosas fáciles son las que no suelen tener interés alguno. Pues hay que ser concejal, con todos los riesgos. Si llegásemos a tener una organización que se obsesionase de tal manera con la función edilicia que no pensase más que en ella, estaría enferma y habría que corregirla. Pero porque se pueda

contraer una enfermedad ejercitando esa acción legal, ¿hay que abandonarla? No; porque lo otro es caer en la impotencia y en la barbarie.

Otro de los motivos por los cuales yo confío en el porvenir y en que las circunstancias en que vais a actuar en vuestro Congreso han de ser aprovechadas por vosotros para el bien de vuestra organización y del obrero en general consiste no sólo en que pertenecéis a la Unión General de Trabajadores, sino en la naturaleza de ésta. La Unión General de Trabajadores se formó por un núcleo de obreros industriales y ha sido hasta nuestros días predominantemente una Federación de organizaciones obreras, de Sindicatos obreros industriales. Ha empezado no hace mucho a constituirse como una Unión de Federaciones de industria, y aunque algunas no tengan muy bien definido este carácter, otras sí lo tienen, entre ellas está la Federación de Trabajadores de la Tierra.

Pues bien; lo que me parece un signo alentador es que vosotros forméis en las filas de una organización que tradicionalmente ha estado constituida de modo principal por obreros industriales, porque venís así a rectificar un prejuicio muy extendido, que ha persistido mucho tiempo y con el que es necesario acabar: el prejuicio de considerar que el problema de la industria es uno y otro el de la agricultura, sin que tengan que ver nada uno con el otro. Se ha llegado a decir — hasta por gentes al parecer competentes — que el problema de la industria es un problema que tiene una solución socialista; pero que el problema de la agricultura no puede resolverse con fórmulas socialistas, y por eso algunos de esos Júpiter, que traían en la cabeza una ley agraria que había de hacer por sí sola la revolución, pensaban que solamente con el reparto de la tierra, con los famosos asentamientos iba a estar todo arreglado.

La raíz de esta creencia estaba en que pensaban que así como en la industria, mediante la evolución industrial, se puede llegar a prescindir del estímulo del propietario de la fábrica, porque esos estímulos egoístas lejos de ser beneficiosos son perjudiciales para el desarrollo industrial, en la agricultura no se puede prescindir de ese amor loco a la tierra, que trata de poseerla, de dominarla y de utilizarla exclusivamente para sí y su familia.

Claro está que si ese sentido individualista, familiar, prevaleciera, el Socialismo no podría hacer nada en el terreno de la agricultura; pero eso no es verdad en la agricultura, como no lo es en la industria.

La evolución última de la agricultura viene a demostrar que las mismas leyes que rigen las transformaciones del capitalismo en la industria rigen en la agricultura; que los mismos peligros que acechan al proletariado en la agricultura le acechan en la industria; que la concentración de la propiedad, que hace que cada vez sean más los explotados y menos los explotadores, se da en la agricultura lo mismo que en la industria. (Aplausos.)

Con esta paridad del desarrollo de la industria y de la agricultura resulta que los peligros y las calamidades a que tiene que hacer frente el obrero del campo son los mismos que los que sufre el obrero industrial, y no se pueden evitar sin el concurso de éste.

Por ejemplo: Vosotros sabéis que la característica del momento económico actual estriba en que la industria tiene, merced al desarrollo del maquinismo y a su perfeccionamiento, un poder de producción extraordinario y casi incalculable, capaz, sin duda, de satisfacer todas las necesidades de los hombres que viven carentes de los medios indispensables para gozar de una vida decorosa. Sin embargo, todos sabéis que por hallarse la organización de la industria capitalista basada sobre el provecho individual del propietario de las fábricas o de los trusts, cuando produce mucho una fábrica el propietario mismo sabotea la producción y llega a destruir los productos que ha obtenido con el trabajo de sus obreros. Es decir, que si hay hombres que están sin vestir y se producen muchos vestidos, para que no bajen los precios y no pierda el propietario se destruyen los vestidos o el calzado. Sabéis que eso mismo ocurre en la agricultura. Se han inventado procedimientos por virtud de los cuales, con mucho menos esfuerzo y en mucho menos tiempo, se producen hoy muchos más cereales de los que antes se producían, y, naturalmente, los cereales tienden a abaratarse; y entonces hay gente que para que no se abaraten y no se perjudique su negocio particular, aunque ello habría de beneficiar el negocio de la masa, destruye los cereales producidos. Así resulta que para vivir el capitalismo, en la ciudad como en el campo, tiene que provocar la paralización industrial y la de las labores campesinas, y cada día se produce el paro con mayor intensidad; un paro que, en proporciones que he ni siquiera se había soñado, existe hoy en la industria y amenaza también en la agricultura.

Los dolores del obrero del campo son los mismos que los dolores del obrero de la ciudad; sus problemas son idénticos; los medios para resolverlos son iguales, y, por consiguiente, es absurdo que la organización de

los trabajadores del campo viva en aislamiento de la organización de los obreros de la ciudad, y por eso yo digo que para la lucha por vuestros ideales, por vuestras reivindicaciones, estáis perfectamente encuadrados en la Unión General de Trabajadores. (Grandes aplausos.)

Por último, camaradas, hay otra razón por la cual creo que vosotros podéis mirar con confianza el porvenir y estar seguros de que, con mayores o menores dificultades, habréis de vencer en la lucha y habréis de resolver todos los problemas que se os presenten, por arduos que ellos sean. Es que, como la Unión General de Trabajadores, seguís las inspiraciones del Partido Socialista. Es decir, que, aunque vosotros no seáis el órgano para la lucha política, no renegáis de la política, no creéis que la política es un mal.

Aquí hay un equívoco contra el cual venimos luchando en toda nuestra historia de militantes; el equívoco mantenido por los que dicen: «La política es una farsa.» Naturalmente que la política, que es la confección de las leyes, que es la interpretación de las leyes, que es la aplicación de las leyes y la manera de ejercer la autoridad, es una farsa para el elemento obrero si la política obrera la dejan que la hagan los capitalistas; pero si la política obrera la hace el mismo proletariado, con miras a la consecución de fines universales, entonces ¡qué ha de ser una farsa la política! Es el instrumento poderoso mediante el cual es posible la emancipación, y sin él no hay esa posibilidad.

Sin la política, compañeros, a lo que se va es a lo que hace bastante tiempo vieron claramente los políticos y moralistas ingleses. Toda masa neutra, decía un moralista inglés, por ser neutra es conservadora. La indiferencia hace que el platillo de la balanza se incline hacia el lado de los que tienen más medios para defenderse en sus posiciones privilegiadas, porque para que se equilibre el nivel de la balanza es preciso que la masa de los indiferentes se incline al otro platillo, y entonces es cuando los privilegiados son vencidos.

Todos estos que dicen que hay que abstenerse de la política, ¿qué hacen? ¿Hacen la revolución todos los días? Si, efectivamente, la revolución hay que hacerla todos los días; pero no todos los días de la misma manera, porque todos sabéis que los valientes y el buen vino duran poco. Los hombres que lo arriesgan todo a una carta y juegan el porvenir de la clase obrera como se puede jugar sobre el tapete verde, esos hombres no sé si durarán mucho; pero lo que es las ideas que ellos inculquen a las masas, esas están llamadas a desaparecer, y las organizaciones que ellos dirijan están llamadas a un fracaso y a disolverse. (Aplausos.)

Es preciso hacer política obrera genuinamente socialista, entendámoslo bien: genuinamente socialista, porque la política socialista obrera también tiene sus peligros, como la fortaleza de las organizaciones, como la misma legislación social. Por lo mismo que la ley y el poder político son armas finas, de precisión y de efectos enormes, hay que saber manejarlas, hay que aprender a manejarlas, y, evidentemente, no podemos pensar que en esto aprendizaje no cometamos errores; algunos tenemos que cometer. Lo que hemos de tener es el espíritu dispuesto para, en cuanto veamos que nos hemos desviado del camino recto, volver a él, y volver a tiempo.

Rectificaciones se imponen. Nadie nace con todas las cosas aprendidas. El pollo de gallina nace con casi todas las cosas aprendidas, pero no puede aprender después nada. Los hombres nacemos muy torpes, pero tenemos una capacidad de aprendizaje enorme, y nosotros no vamos a tener la pretensión de haber nacido unos políticos socialistas consumados. En una asamblea, en un organismo cualquiera en el cual nos encontremos con otros políticos no socialistas, vamos a ser nosotros los que llevemos el elemento directivo y los que impongamos nuestros deseos y nuestras ilusiones? Eso no es así; eso no puede ser así, y precisamente en los momentos de transformación considerable en que nos encontramos en España y en el mundo (porque esto sí que no es hablar por hablar si decimos que en el mundo y en España se está operando la revolución más profunda que se ha producido nunca en la Historia), en este momento de transformación en que nos encontramos, nos tenemos que ver ante casos difíciles. No importa. Hay que afirmar los principios; si nos equivocamos, hay que rectificar. Hay que avanzar siempre, hay que aprender siempre; pero hay que esgrimir armas cada vez más poderosas, y esas armas poderosas están en el campo político.

Estáis, por consiguiente, bien orientados. Yo he procurado razonarlo, no he dado unos gritos, unos vivas para despertar vuestro entusiasmo ciego y que lleguéis precipitadamente a estas o aquellas conclusiones; no. Yo he tratado en todo este discurso, que he pergeñado más bien, de haceros ver las dificultades para decirlos después: A pesar de eso, estáis en el buen camino; sois los únicos que en el país estáis en el verdadero buen camino. Seguidlo, seguidlo con entusiasmo. Se hundió la monarquía; tenemos una República. Se dice, y es verdad: A muchos pueblos no ha llegado la Repú-

blica. Pues hay que trabajar, porque eso no es obra de un día, para que llegue hasta la última aldea, ya que una cosa es evidente: que no podemos consentir de ninguna manera que vuelvan aquellos tiempos oprobiosos de la monarquía. Es más: aunque cometiéramos yerros, los yerros en un régimen como el republicano son fácilmente reformables. En instituciones monárquicas, no, y sobre todo — ya os lo decía antes — estábamos en un mundo de ficción, y ahora con la República vivimos un mundo de realidades. Si éstas son desagradables, no nos neguemos a mirarlas. Veámoslas, como el médico tiene que ver la enfermedad y conocerla, porque si no la cura. Tengamos ese valor, que no consiste en manifestaciones externas, aparato-

sas, ni en actitudes clásicas de valores antiguos; no. Tengamos el valor moderno de la seriedad y de la verdad. Por ser una verdad, por ser una realidad la posición en que vosotros estáis colocados, es la posición del porvenir.

Después de lo dicho creo que tengo el derecho de ser sentimental y acabar mi discurso diciendo: ¡Viva la Federación de Trabajadores de la Tierra! (Todos los concurrentes: ¡Viva!) ¡Viva la Unión General de Trabajadores! (Todos los asistentes: ¡Viva!) ¡Viva el Partido Socialista! (Todo el público: ¡Viva!) ¡Viva el Partido Socialista! ¡Viva la República española! (El público, puesto en pie, correspondiendo entusiásticamente. Vivas a D. Julián Besteiro.)

Bajo las garras de la burguesía

Trabajadores del campo: Persuadido de que inconscientemente estáis fortaleciendo a nuestros detractores, a nuestros explotadores, a los que de una manera anómala combaten nuestra organización para seguir usurpando, pues ellos saben que la organización tenderá a hacer desaparecer la explotación del hombre por el hombre; percatado de que con esa actitud que adoptáis fortalecéis la recidumbre de las cadenas que tanto tiempo nos oprimieron y que aún hoy, en régimen republicano, nos oprimen, y que, de seguir junto a los burgueses, siempre nos oprimirán, yo, modesto obrero del campo, amante de la libertad, considero un deber ineludible trazar estas líneas, en las que no sólo pretendo censurar los procedimientos de la burguesía, sino dar orientación de lo que podríamos obtener si todos los explotados nos uniéramos en apretado haz fraternalmente.

La revelación de la burguesía no pudo ser más asombrosa en los solemnes momentos del advenimiento de la República, pues a pesar de estar cegada por el ímpetu pasional que les guía, pudo ver con claridad que toda aquella rebeldía era como consecuencia de aquellos tiempos indios en que tenían convertido al hombre en esclavo, haciéndole trabajar como a una bestia de carga, y como a tales se los trataba.

Por eso, al fijar ellos la vista en las páginas de su historia, las vieron, ¿cómo las vieron?, impregnadas de sangre proletaria, de sangre pura, de sangre honrada, y, naturalmente, adquirieron cobardía, miedo, y espontáneamente se refugiaron en sus casas, esperando que de un momento a otro fueran a buscarlos, pues ellos tenían la evidencia de que en cuanto se empezara a hacer justicia serían los primeros condenados, puesto que durante años y años habían cometido tantas infamias; mas, ¡oh ingrata sorpresa!, pasaron días, pasaron meses y nada vimos.

Después, cuando vieron que nada ocurría, salieron de sus casas «algo» indignados y reanudaron el mismo trabajo que anteriormente tenían; pero al darse cuenta perfecta y exacta de que existía una fuerte organización dijeron: «Esto no os estorba; hay que dividir la fuerza.» ¿Cómo? Pues muy sencillamente. Constituyeron una Sociedad a la que denominaron de «labradores». Los primeros días decían que todo el que se afiliaba con ellos tendría trabajo diario, y como los trabajadores, desgraciadamente, carecemos de cultura, en vez de dudar del que tanto tiempo nos engañó, no dudamos, y desde un principio les inspiran confianza a unos cuantos ignorantes e ingresan inmediatamente en la mencionada Sociedad, yendo al día siguiente a trabajar. Mientras tanto, los otros trabajadores, los socialistas, piden trabajo, y en vez de dárseles, se lo niegan, los condenan al hambre, haciéndoles víctimas de una miseria horripilante, y cuando la desesperación era mayor, porque veían a sus propios vástagos sin comer, entonces el acérrimo y despota burgués decía: «Ahí tenéis a la República, ahí tenéis a los socialistas; que os den trabajo ellos que tanto os prometieron.» Mas confesemos sinceramente que en aquellos momentos todos tenían puesta su esperanza en el nuevo régimen; pero a medida que el tiempo pasaba iba surgiendo el descontento, pues tras la búsqueda inútil de trabajo, tropezaron con la burguesía, la que con predilección malsanas y procedimientos inhumanos logró desanimar al trabajador que forzosamente defendía a la República, al mismo tiempo que con su impotencia se captaba las simpatías, porque a los socialistas nos miraban con indiferencia; en cambio, al que permanecía junto a ellos, al halagado con palabras hiperbólicas, con palabras falsas, puesto que hemos visto que no han cumplido lo que les prometieron. En resumen: el que trabaja con ellos ha de tener la molestia, todos los domingos y algún día particular, de ir a misa, confesar y comulgar. ¿Es lícito que un trabajador tenga que hacer esto para trabajar? ¿Es lícito que en un Estado se tolere semejante ignominia?

A mi juicio, creo que no, pues no es prudente consentir que unos cuantos perdidos hagan política de esa forma, porque el que es republicano y no se somete a la clérigalla, apenas vería

por las calles y ver en su rostro flemático la expresión del hambre.

Trabajadores del campo, apartaos de la burguesía, pues tened en cuenta que si seguís junto a ella fortalecéis al verdugo que asesinará alevemente a vuestros hijos. Uníos todos como hermanos hasta extinguir la abominable semilla de los parásitos burgueses, porque la realidad nos dice, y tenemos la absoluta convicción de ello, que mientras existan gentes tan raquíticas de conciencia como lo son éstas, gentes que ignoran lo que es sufrir, lo que es amar, gura y dolor; gentes, en fin, tan viles y miserables, tendremos que soportar esta vida, mil veces ingrata y cruel, y es triste, verdaderamente triste, pensar que debido a la actitud que adoptan unos cuantos trabajadores nos hallemos en tan deplorable situación.

Por eso, yo he reflexionado unos instantes sobre todo esto, y me impulsa un deber al llamaros la atención para que no os veáis sorprendidos, pues yo sé, ¡oh! ¡ojalá lo supieses todos!, que mientras no estemos bien organizados estaremos siendo víctimas de la tiranía; es decir, que tendremos que estar sumisos a una burguesía asfixiada, indigna y repugnante, a una burguesía que se encuentra en período agónico, a una burguesía, en fin, que después de explotarnos nos paga con la monstruosa moneda de la ingratitud y el odio.

MIGUEL POLO

Bailén (Jaén).

LA CANCIÓN DEL TERRUÑO

Encima de la tierra ardiente, con el hato y los aperos de la siega, he visto descansar unos hombres «pardos» que en nada se distinguían del color que presentaba la sedienta llanura, sobre la cual se mecía — como niño en cuna dorada — el rubio trigarral que se dormía arrullado por el canto de la Naturaleza.

Tierras duras. Tierras sedientas que absorben la savia humana y endurecen los sentimientos. Tierras inhóspitas, sin un pino, sin un naranjo, sin un almendro donde reconcentrar una esperanza que apague la sed de frutos jugosos que den sombra y conviden a la vida del artista, del poeta, del agricultor, a fijar el pensamiento en el porvenir de esta parte de España que por la dureza de su suelo, por la monotonía de su paisaje, hace que sus hijos vayan errantes por todos los caminos del mundo en busca de la tierra blanda, en busca del bello paisaje que dé sombra a sus cuerpos, que ablande y dulcifique el sombrero y hauría carácter del hombre que crece en el páramo desierto, abatido por todos los soles, inclinado hacia el sepulcro por todos los vientos.

Una alondra que se alza en los surcos parece iniciar una nueva aurora, en la cual los ilotas tendidos en la llanura pondrán nuevas notas en la música de estos campos, cambiando las severas armonías con el sonoro cantar, nuncio de esperanzas de los hombres del trabajo.

Poco a poco, los montones de la era, el caudal rubio que acumularon los parias; es objeto de las operaciones de los acarapadores, y la espiga rubia que antes se mecía dormida en la carreta se mueve, desgranada, a grandes velocidades en los caminos que corren a llevar alimento a la ciudad. Los grandes arrendatarios han resistido la demanda de los acarapadores y no han soltado un grano, como no se lo hayan pagado al precio de tasa. Mas los pequeños arrendatarios, colonos y aparceros vendieron sus cereales al primero que llegó porque tenían que realizar sus pagos.

Son esos hombres, los que duermen encima de la tierra ardiente, los que se llenaron de alborozo al ver que el ministro de la República prometió construir pantanos que refrescaran las sedientas llanuras extremeñas, los que han dejado de confundirse con la tierra «parda», porque en ella ya no hay trabajo, trasladándose a los pueblos donde proyectan sus trágicas siluetas sobre los blancos muros de las plazas, que, cual sábanas blancas de atado, parecen envolver la vida de los parias del terruño, que sin el menor gesto de rebeldía la entregan generosos en holocausto de la República.

LUIS ROMERO

Cáceres.



CULTIVO DEL ALGODON

(Continuación.)

En el comercio se distinguen los algodones según la longitud de la fibra, llamándose de hebra larga y de hebra corta. El valor de una clase de algodón depende siempre de la longitud absoluta de su fibra y de la uniformidad de esta longitud, además de la finura, blancura, brillo, color, resistencia y limpieza.

De todas las clases de algodón, la norteamericana es la preferida, por ser la que mejor se presta al hilado y la que da los hilos más resistentes.

Acete de algodón.—De las semillas del algodón se extrae aceite, bien por medio de las prensas o mediante el sulfuro de carbono. El rendimiento oscila de un 15 a un 30 por 100. El aceite prensado crudo tiene color pardo rojizo, obscuro o amarillo sucio, olor y sabor análogo al aceite de lino; es muy espeso; su peso específico es de 0,930; se solidifica a menos de tres grados. Lavado con agua o vapor y decorado con sosa cáustica, queda de color amarillo claro, sabe a nueces, huele débilmente a tierra, tiene un peso específico de 0,926 y se solidifica a menos de un grado. Es insoluble en el alcohol y soluble en el éter; puede clasificarse entre los aceites grasos y los secantes. Se utiliza como aceite alimenticio, para combustible, para preparar mantecas artificiales, para adular el aceite de oliva y para la fabricación de jabón.

La raíz del algodónero tiene una acción análoga a la del cornezuelo de centeno y no tiene contraindicaciones durante el parto. Es útil en las hemorragias uterinas. Se dan dos o tres gramos en una taza de agua hirviendo, repitiéndolos dos o tres veces de hora en hora.

Se cultivan unas treinta especies de algodón, con más de cien variedades. En Europa, la especie cultivada de preferencia es la *Gossypium herbaceum*. Los países europeos que pueden producir algodón son: España, Italia, Sicilia, Grecia, Turquía europea, Crimea y Astracán.

El cultivo del algodónero no ofrece dificultad alguna, siendo muy parecido al del maíz. Se da bien en los terrenos a propósito para este cultivo y en aquellos donde se crían melonares.

Clima.—Ya se ha dicho al comienzo de estas notas que la región a propósito para el cultivo del algodónero es aquella donde las heladas no sean de mayor desde la primera decena de mayo a la segunda de octubre, y donde las lluvias no sean inferiores a 500 milímetros anuales, circunstancias que se dan sobradamente en Andalucía, y muy principalmente en las campiñas no lejos de la costa y en aquellos terrenos que por su posición resultan abrigados, siempre que no rebasen altitudes mayores de 200 a 250 metros.

La temperatura más apropiada para el crecimiento del algodónero oscila entre 15 y 25 grados, conviniéndole mucho sol y humedad. Particularmente en exceso le perjudican, al cultivarse en las proximidades de la recolección.

Terreno.—El terreno más apropiado para el cultivo del algodón es el de consistencia media o tierras francas, en que la arcilla se encuentra en la proporción del 20 al 30 por 100, la arena en la del 50 al 70 por 100, la caliza fina del 5 al 10 por 100 y la materia húmica o mantillo del 5 al 10 por 100; siendo necesario, tratándose del cultivo en secano, que sean tierras de fondo o espesor y fértiles, pues sabido es la gran influencia que ejercen estas cualidades en el desarrollo de las raíces y, por lo tanto, de la planta.

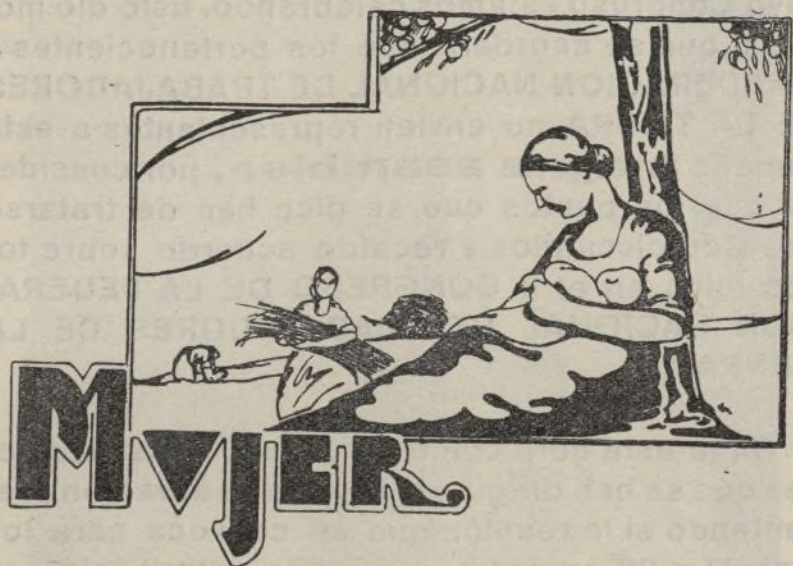
En secano deben desecharse como impropias para el cultivo de plantas de verano las tierras en que predominan la arcilla, o arcillosas, por ser impermeables, de laboreo y desmenuzamiento difícil; al desecarse se agrietan, dejando al descubierto las raíces; son frías y producen retraso en la vegetación; las calcreas son demasiado permeables, se desecan pronto, y las arenosas, por airearse mucho y conservar muy poca la humedad, siendo pobres en principios fertilizantes. Tratándose del cultivo en regadío, es las malas cualidades de las tierras se atenúan mucho, no habiendo inconveniente en establecer el cultivo en terrenos que no tengan gran espesor,

con el fin de poder juzgar por comparación de su resultado; lo que ha de servir de gran experiencia al agricultor, por la falta en la mayoría de los casos del conocimiento de la composición química del suelo y de las exigencias de este cultivo, poco conocido hasta ahora.

En regadío debe aplicarse lo dicho en secano respecto a abonos, pero teniendo en cuenta que como aquel cultivo tiene mayores exigencias que el de secano en materias fertilizantes, las cantidades de abono a emplear deben ser mayores.

Semillas para la siembra.—La semilla para la siembra debe estar bien conformada, sin mutilaciones, bien madura interiormente, pues el empleo de granos que no han alcanzado su madurez produce degeneración; que tenga el mayor peso individual, pues los granos más pesados producen plantas más vigorosas y precoces, y además, que estén bien conservados para que posean entera su vitalidad. En Norteamérica, las Comunidades organizadas, que se dedican al cultivo de una sola variedad de algodón y tienen desmotadora, son las que proporcionan las semillas a los agricultores, las cuales mantienen con todo rigor la pureza de la semilla de las variedades seleccionadas de algodón. Cuando los agricultores conocen el resultado de determinada variedad, se hace más fácil la adaptación de los mejores métodos de cultivo en relación con las cualidades del suelo, época de siembra, plagas y enfermedades de la planta, provisión de la mano de obra y precio y venta del producto.

(Continuará.)



¡Mujeres, ciudadanas! Estáis siempre dispuestas a luchar por la República y a defender nuestros derechos, y no como esos que van a defender el caciquismo, es decir, no lo defienden, se venden ellos mismos por unas miserables pesetas.

Nosotros, ciudadanas y ciudadanos, no debemos consentir eso; hay que luchar por traerlos a nuestras filas, para que vean que el señorito no les da de comer, porque se ha visto cuando estaba la monarquía que iban a trabajar por lo que les querían dar, que no les servía para mitigar sus necesidades y las de sus hijos. Pero nosotros, ciudadanas y ciudadanos, no debemos otorgar esos robos.

¡Compañeras! Hay que luchar por las organizaciones, para ir derribando poco a poco a esos hombres, que dicen ellos que son santos; pero que nunca lo han sido.

¡Mujeres! No os dejéis llevar por esos hombres, que os van engañando con sus mentiras y sus falsedades; ellos lo que son es unos farsantes indignos, que con cuatro mentiras engañan a todo el mundo.

¡Compañera! Hay que luchar como aquellos que lucharon por la libertad

La semilla, antes de llevarla al terreno, debe desinfectarse, lo cual se practica metiéndola en un saco y sumergiéndola durante una hora en una disolución de formol del comercio al 2 por 100, ó en una de pastillas de sublimado (bicloruro de mercurio) al 1 ó 2 por 1.000. Después se sumerge de igual manera en agua limpia, que no esté fría, durante unas veinte horas, pasadas las cuales se vacía la semilla libremente en el agua, y pasada media hora, se separa la semilla que sobrenada, rechazándola por no ofrecer garantía para la siembra. Se expone después al sol, para que se deseque superficialmente y esté suelta al sembrarse.

Siembra.—Ya hemos dicho, al tratar de las labores preparatorias para el cultivo del algodónero en secano, que al efectuar la siembra, o unos días anterior a ella, se hace el surqueado, arando superficialmente el terreno con arado llamado de palo o romano, en amegas equidistantes de 75 a 80 centímetros; pues bien, esta distancia puede variarse en más o en menos, según la fertilidad del suelo, pero siempre dejando una anchura suficiente entre líneas para que puedan cómodamente hacerse las labores de verano. También puede hacerse el surqueado en una sola dirección, o sea sin cruzar las amegas, que suele ser de Norte a Sur, con el fin de que el sol dé el mayor tiempo posible en las plantas; pero es preferible hacerlo cruzando las amegas, para poder hacer las labores de verano en dos direcciones opuestas.



ZAFRA DE ZANCARA

Ha sido renovada la Junta directiva de esta Sociedad Obrera Agrícola, quedando constituida con los compañeros siguientes:

Presidente, Hilario López Arias; vicepresidente, Bautista Gómez Molero; secretario, Melitón Muelas Contreras; cajero, Antonio Ortega Utiel; vocales: Tomás Martín Simón, Pablo Prieto Gómez y Cayo Delgado Calleja.

ALCANTARILLA (MURCIA)

En la asamblea celebrada en ésta el día 16 de agosto fué elegida nueva Junta directiva, componiéndose de los compañeros siguientes:

Presidente, Juan Rubio Sánchez; vicepresidente, Matías Carrillo Saura; secretario, Pedro Escolar Navarro; vicesecretario, Agustín Cascales Anillo; tesoro, J. Antonio Martínez Fuentes; contador, Fulgencio Martínez Sandoval; vocales: Andrés Ortuño Corbalán, Salvador Valera Navarro, Antonio Moreno Sánchez y Antonio Hernández Sánchez.

TORRE DE LA ALAMEDA (MADRID)

La Junta directiva de la organización de esta localidad ha quedado constituida de la manera siguiente:

Presidente, Isalás Palencia Sebastián; vicepresidente, Domingo Martínez Palencia; secretario, Urbano Crespo Moratilla; vicesecretario, Justino Ruiz Palomino; tesoro, Francisco Casero de las Heras; contador, Tomás Ropero García; vocales: Juan Romero Ruiz y Teodoro Fraile Ruiz.

ALBANCHEZ (ALBACETE)

En la sesión extraordinaria del día 14 de agosto quedó constituida la Junta directiva de esta Sociedad en la siguiente forma:

Presidente, Antonio Molina Belver; tesoro, Alejo García Capel; contador, Juan Franco Jiménez; secretario primero, Eloy Franco Jiménez; secretario segundo, Francisco Botella Linares; vocales, Genaro García Molina y Juan Molina Cortés.

ENTRINBAJO

El día 1 del actual celebró la Sociedad obrera de este pueblo junta general para el nombramiento de Junta directiva que reemplazara a la que había de cesar reglamentariamente.

Después de la correspondiente votación, quedó constituida la Directiva de la siguiente forma:

Presidente, Alejandro Romero Silva (reelegido); vicepresidente, Manuel Venegas; secretario, Antonio Suárez; vicesecretario, Pablo Bravo; vocales: Joaquín González, Miguel Maqueda y Dionisio Moreno; revisores: Demetrio Antón, Juan Rodríguez y José Pérez; tesoro, Andrés Bravo.

ALDEACENTENERA (CACERES)

En junta general celebrada por esta Sociedad se acordó por aclamación nombrar la siguiente Junta directiva: Presidente, Víctor Bravo Melgarejo; vicepresidente, Antonio Avellaneda González; secretario, Francisco Castro Palheiro; vicesecretario, Paulino González Rentero; contador, Benjamín García Muñoz; tesoro, Leonardo Muñoz Rubio; vocales: Faustino Andújar Rubio, Juan Redondo Rentero, Luis Malmorino Díaz y Tomás Bonilla Nieto.

ACTOS CIVILES

ADAMUZ (CORDOBA)

El día 23 de agosto se celebró en este pueblo el enlace matrimonial de la compañera María del Sol Gavilán Mariscal con el compañero Antonio Valverde Cerezo, a los que deseamos mucha suerte en su nuevo estado.

También el 25 del mismo mes dió a luz un robusto niño nuestra compañera Francisca Barrera Reyes, esposa de nuestro camarada Rafael Toledano, y fué inscrito en el Registro civil con el nombre de Sebastián. Reciban nuestra enhorabuena sus padres por librarlo del remojón bautismal.

mo esa luz en esta ocasión, para ayudándose mutuamente unos a otros y hundiéndose para siempre donde jamás volviera a salir la infame y repudiada Hambre que tanto dolor acarrea a los hogares, acompañada de la no menos inflexible y aguda Muerte.

SANTIAGO DE CARBAJO (CACERES)

El día 15 de agosto se celebró solemnemente el acto de inscribir civilmente a un niño, hijo de nuestros compañeros Manuel Batalla y Angelita Rubio.

El acto resultó magnífico, por ser el primero que se celebra en esta localidad.

El día 28 de agosto contrajeron matrimonio civil los compañeros Tomás Carrera y Francisca Vidal, resultando un acto brillantísimo.

El acompañamiento, que constituyó una grandiosa manifestación, recorrió varias calles de la población.

MORATA DE TAJUNA

Con el nombre de Santiago ha sido inscrito en el Registro civil de este pueblo un niño, hijo de los camaradas Santiago Camacho Miguel y Victoria Cabello Gómez; siendo el primero de esta villa que se libra del chapuzón corrompido.

El niño, que es muy hermoso, fué vitoreado por la Rondalla Socialista, asistiendo todos los compañeros.

PUEBLA DE ALCOCER

El día 15 de agosto, a las once de la mañana, se celebró con gran brillantez y entusiasmo de todo el pueblo la inscripción en el Registro civil de una niña de nuestros compañeros Pelayo Velasco y Petra Cabanillas, a la que se le puso el nombre de Avelina.

A dicho acto acudieron todos los socios de la Casa del Pueblo, llevando a la cabeza la bandera de dicha Sociedad.

En el mismo día, y a las cinco de la tarde, se celebró el matrimonio civil del compañero Tomás Sánchez y la señorita Antonia González Tello, vecina del próximo pueblo de Orellana la Vieja.

A este acto asistió el alcalde y una nutridísima concurrencia, que partió de la Casa del Pueblo con las banderas de la Juventud Socialista y de la Unión General de Trabajadores, y fueron a casa de los novios, donde fueron obsequiados con un magnífico lunch.

Estos actos civiles son los primeros efectuados en este pueblo.

GRANJUELA (CORDOBA)

Se ha celebrado con gran solemnidad el primer casamiento civil, siendo los contrayentes la señorita Ana Fernández, hija de nuestros queridos compañeros Antonio Fernández Murillo y Valentina Cabanillas, con Juan Alcáide.

Actuaron como testigos los compañeros Felipe Molina Muñoz y Eduardo García Cano.

Nuestra enhorabuena.

NAVALVILLAR DE PELA (BADAJOZ)

El día 17 de agosto se celebró solemnemente, y con gran entusiasmo, la inscripción en el Registro civil de un niño, hijo de los compañeros Antonio Sánchez Fernández y María Blázquez Babián, llamado Fermín Sánchez.

Asistieron al acto la mayoría de los compañeros que componen esta Sociedad y un gran número de compañeras, entre los que reinó gran entusiasmo.

También se llevó al acto la bandera socialista y el retrato del inolvidable compañero, apóstol del Socialismo, Pablo Iglesias.

SAN BARTOLOME DE LAS ABIERTAS (TOLEDO)

En esta localidad han contraído matrimonio civil los compañeros Julián Mayoral Rodríguez y Teresa Horcajuelo Ramos.

El acto resultó brillantísimo, por ser el primero que se ha verificado en esta localidad.

ISMAEL CASTRO

Malpartida de Cáceres.

AMISTAD Y ADMIRACION

No quisiera que mis palabras resonaran tan quedamente que fueran a quedar envueltas en la mayor incompreensión y frustradas por el eco sordo que a veces suele producir lo que uno escribe con el mayor interés en bien de sus semejantes. Creo que no sucederá así. Menos aún si se trata de personas — como por quien me dirijo — que por su pluma sencilla y natural, ante la vista de todos los lectores de EL OBRERO DE LA TIERRA, saben captarse la amistad y admiración de aquellos que sientan en sí el dardo de la literatura y la igualdad o el bienestar de sus compañeros. Eso es. Yo, por lo menos, así lo he sentido y no me pesa expresarlo con rasgos más o menos susceptibles, confirmando de esta forma el camino a seguir que mi corazón me dicta y al que no hay más remedio que obedecerle ciegamente, porque ya se sabe que él es el eje motor del organismo humano.

¿Y sabéis quién es la persona que desde hace algún tiempo ha llamado mi atención y por la cual me digno grandemente en escribir este artículo, demostrándole mi amistad y admiración, como más arriba indico? Nada menos que el camarada Cándido Pedrosa, a quien le vengo observando una labor muy honrosa y factible que viene haciendo todas las semanas a favor del proletariado desde las columnas de este periódico.

Este camarada es quien, por su dis-

posición en la manera de sentir, ha sabido descifrar y enfocar la verdadera posición del obrero campesino, que tan falta de apoyo ha estado siempre y el cual, gracias al nuevo régimen, va resurgiendo de la obscuridad y del olvido en que se hallaba.

El concepto que tengo formado de él no puede ser menos culto y admirado que el del entrañable compañero Lucio Martínez, a quien por su disciplina y valiosa colaboración en las luchas sociales de los obreros se le respeta con hondo cariño y se le venera lo mismo que si fuera un sér excepcional dotado de la suma virtualidad que para este caso se necesita.

No sé si causarán disgusto mis frases en la persona de Cándido Pedrosa, que es por quien hablo en estos momentos, embargado de cierta admiración. Lo sentiría grandemente porque ya se ve que mi intención es bastante clara y noble a favor suyo.

Y no es que yo quiera, ni debo, alabar, cuando sus artículos nos demuestran fácilmente lo que vale, basados todos ellos en la misma posición perentoria y reflexiva que todo hombre de pensamientos elevados de bía colocarse en favor de la clase proletaria.

Igual que nunca falta una luz en la obscuridad para guiar a las personas por un camino determinado, sin recelo a tropezar ni fracasar, lo mis-

Un grito en el Congreso

Levántase a manifestar su criterio y dice: «Yo soy comunista», interpretando que el único poseedor de la esencia revolucionaria era el hombre que se atrevía a suponer que los congregados, representantes y representantes, fueran cosa ajena a la idea de redención.

No era más comunista el que a gritos lo decía que aquellos que tuvieron el valor cívico de formular la protesta para interrogarle: ¿Quizá los demás somos monárquicos? Porque no olvide el osado que desde el escenario hasta el último rincón del salón todos sienten la injusticia. El silencio es significativo, de larga práctica en la lucha social defendiendo la idea de fraternidad humana y los principios básicos del Socialismo que hablan de la comunidad como aspiración realizable. ¿Qué quería decir el hombre? Porque quizá haya sentido en su corazón el palpitante del sentimiento y le llevara a suponerse un hombre superior a todos; pero conviene pensar también que todos los congregados, sin gritar, sentían el Socialismo. El vociferador sólo era fruto de un momento de pasión incontinente.

¿Quería decir soy más revolucionario que todos? Evidentemente que suponíendose superior a los demás, las consecuencias serían el alboroto, comienzo de toda revolución clásica; pero en este caso sólo servía para una afirmación ideal de los obreros allí congregados y su firme resolución de seguir las tácticas doctrinales del Socialismo, que, aunque no de tantos gritos, no deja de ser más revolucionario que los que continúan haciendo del comunismo no afianzamiento de doctrina, sino manifestaciones externas traducidas en algaradas que a nada conducen.

Un grito más solamente. Conviene que el delegado que se atrevió a gritar piense de veras lo que es y lo que eran todos, porque quizá después del hecho se interrogue a sí mismo: ¿Qué es ser comunista?

Es fácil que ignore que el Socialismo también lo afirma; pero conviene advertir que consolida el triunfo mediante un paso firme. Porque conquistar el Poder puede ser muy fácil, según los instantes en que se produzca el hecho; pero es necesario ir construyendo los órganos adecuados para que la dictadura del proletariado sea lo menos larga posible. Discutir serenamente, no hacerse eco de injurias que manchan la pureza de un ideal, sea cual fuere, es lo que el delegado que dijo ser comunista tiene que ir haciendo, porque el enemigo es fuerte y es imposible vencerle con frases; es menester tener la convicción de que los hechos respondan a las palabras.

No es un delito sentir una idea y propagarla, porque se acredita pensar; pero en una asamblea de explotados pretender ser el más es lanzar la anatema de incapacidad a los que se preparan para luchar en el mismo terreno de la lucha de clases que el puritano pretendido; es sembrar vientos para después recoger un fruto ácido e inservible, que sólo servirá para que el cacique se consolide. Pretender conquistar el todo sin antes pasar por las inquietudes de la espera y sin haber puesto el alma en la posesión de lo menos es sencillamente perpetuar hechos dolorosos que nada logran sino unas víctimas más y unas ilusiones menos.

Ser socialista es un sacrificio, porque se exige una conducta clara y limpia; lo mismo que se hará en todos los partidos de extrema izquierda el día que hagan la depuración de los advenedizos que pretendían ser todo sin nunca haber puesto nada en la vida activa de las organizaciones.

Un grito es fácil; una algarada, sencilla. Después ¿qué queda? Sólo un eco, porque aunque se esfuerzan en sostener lo contrario, del vocerío y la injuria nada se adentra en los corazones ni en los cerebros. Porque el espectador piensa escépticamente: ¿Todos iguales! La masa indiferente se asimila lo malo para esparcirlo a los cuatro vientos; pero no hace la afirmación de que los injuriadores son los mejores, sino que piensa que también son malos.

Sólo una doctrina honrada-

mente sentida y expuesta a la opinión deja impresa en la conciencia del pueblo una trayectoria. Hoy sólo el Socialismo ejecuta esa misión; mañana no sabemos si, en el continuo evolucionar del tiempo, los hoy injuriadores tendrán hombres y periódicos capaces de reflexionar y, sin apelar al calificativo, adueñarse del pensamiento del proletariado.

Se conquista el pensamiento cuando los partidos obreros son capaces de ir ajustando a la realidad su programa; para eso los Congresos determinan las normas de cada época. Hablar de posesión de la tierra después de haber estudiado la realidad, experimentada por las rectificaciones lógicas del régimen soviético, y mantener el equívoco entre una masa rural bisona en la lucha, sólo son ganas de exhibición para ser una nota discordante en una asamblea de obreros del campo que van estudiando sus problemas para darles la solución que cada uno tiene, mirando la realidad del momento histórico en que éstos se producen. El grito no es solución, es sólo un sonido, y el delegado que lanza una especie de acusación a los demás, diciendo: ¡Soy comunista!, probablemente cuando tenga a la vista uno de los múltiples problemas que el movimiento campesino produce será un elemento reflexivo que dé una solución de índole conservadora que esté en pugna con la algarada y con las tácticas que se lanzan a voleo para promover lo que hoy no es fácil de conseguir.

Piense el amigo que el camino a recorrer es largo y espinoso, y un hombre que a nadie representa puede comprometer todo lo que quiera, porque a nadie perjudica; pero cuando una organización le da un mandato, vea que tras de su pensamiento existe una masa obrera que se juega su existencia cuando la necesidad le obliga; pero que no es lógico que su mandatario pretenda realizar un plan de ataque a una sociedad capitalista contando sólo con su entusiasmo, porque hace víctimas a los que pensando serenamente serían vencedores.

Un grito en el Congreso. Nada, humo. Sólo la voz, porque quizá los que callaban eran eminentemente más revolucionarios que aquel que interpretó que se hacía eco de los rumores propagados por los que lanzaron al proletariado agrícola en Andalucía a movimientos sin ninguna finalidad.

Y un saludo fraternal a los que con su sensatez hicieron un acto grande, cuyo sentido culminó en una adhesión a tácticas de verdadero sentido revolucionario.

CÁNDIDO PEDROSA

Para la Humanidad

Los segadores de Castilla la Vieja

Los segadores regresan de la siega después de haber tostado sus miembros bajo las miradas implacables del sol, de ese sol que en agosto y septiembre se cierne sobre los campos como una lluvia de fuego.

Sobre sus hombros doloridos llevan las hoces; la ropa, sucia por su sudor y hecha jirones por la lucha constante con la mies, llevándola como un fardo maldito que los abruma y que los aplasta.

No les dirijáis miradas de desprecio. Son los forzados galeotes de la guadaña, que para procurarse un mal rancho — si quieren ahorrar algo para el invierno — pasan muchas horas bajo el látigo de fuego del astro rey, inclinados hacia la dorada mies, con un abrazo rítmico y sublime movimiento que bien se le debe entonar una bella estrofa.

Después de la interminable jornada devoran con fruición un guiso que ni los canes vagabundos le querrian, y extenuados por la fatiga reposan unas horas por los suelos en los pajares, en las cuerdas, turbando su brutal sueño el cacarear de las gallinas y el sordo gruñir del puerco de la cercana choza, y el alegre sonar de los carros que sus compañeros manejan para traer la mies que ellos han segado.

Vuelven a sus humildes hogares, en donde quedó entonando su sarcástica risa la señora María. Atraviesan caminos y carreteras, y el polvo acaricia con insistencia sus ojos, escocidos por el sudor... Y al pasar de noche por algún pueblecillo de Castilla, re-

cio y simpático en sus clásicas canciones, sienten el rasgueo de una guitarra y la voz de un castellano que entona la eterna canción:

«Ya vienen los segadores,
después de segar y segar.»

Y esta copla les recuerda el doloroso axioma de sus vidas, sin más horizonte que la esclavitud inhumana de los tiempos. Los años pasan sin otras variaciones en sus existencias atormentadas que una arruga más en sus frentes o algún cabello que encañece, como la cima de las altas montañas que Castilla tiene, que aun en verano ostentan el manto albo de la nieve.

Los mismos horizontes, las mismas inquietudes atormentan a estos parias del terruño, a estas larvas que se mueven confundidas con la tierra, sufrien-

do todas las inclemencias y miserias; pero aportando con su «humildad grande» el esfuerzo desmesurado de sus brazos para el sostenimiento de la Humanidad, que está en continua ruina por la desmesurada avaricia, incomprensión y maldad de unas cuantas larvas malditas que se cubren con la túnica del capital, de esa «bellan» ponzoña que tiene por nombre dinero, que con sólo nombrarlo y ver las lacras interminables del género humano parece que se enmohecen las palabras con su orin...

Y los tristes segadores cruzan las ciudades y pueblos y villorrios, oyendo a su paso la eterna canción castellana que como hábito de un estigma acaba y acaricia sus oídos.

¡Oh Humanidad, Humanidad!

JULIÁN QUIJADA

Las Cabañas de Castilla (Palencia).

IMPORTANTE ACUERDO DEL II CONGRESO DE LA FEDERACION NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA TIERRA

En la sesión celebrada en la tarde del día 21 tuvo conocimiento el Congreso de una circular dirigida a los arrendatarios, aparceros y medianeros de toda España, por la cual se convoca a una asamblea que se celebrará en Madrid los días 27 y 28 del corriente.

En esta asamblea, al parecer, se tratará de Jurados mixtos, situación de los agricultores y desahucios, ley de Arrendamientos y otros varios puntos, todos ellos tratados por el organismo cuyo Congreso estamos celebrando. Esto dió motivo a que se acordara que los pertenecientes a la FEDERACION NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA TIERRA no envíen representantes a esta llamada magna asamblea, por considerar que los puntos que se dice han de tratarse han sido discutidos y recaído acuerdo sobre todos ellos en el II CONGRESO DE LA FEDERACION NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA TIERRA.

Sirva esta nota como respuesta a las Secciones que se han dirigido a nuestra Federación preguntando si la reunión que se convoca para los días 27 y 28 lo era con nuestra autorización, y, por lo tanto, que sepan que no deben enviar representante a la reunión convocada por la circular a que se hace mención.

Madrid, 22 de septiembre de 1932.

DESDE AVILESES

YO ACUSO...

Como autores de unos anónimos convenientemente distribuidos en ciertas casas de esta localidad, y que fueron firmados en nombre de los «obreritos de Avilese», yo acuso, repito, como autores, al párroco D. Julio García Gil, al maestro nacional D. Salvador Sánchez Sánchez, a los comerciantes Isaac Briones Triviño, Carlos Fuentes Alcalá y su monísimo unigénito Cayetano Fuentes Mena, alcalde pedáneo de esta desdichada Diputación de Jerónimos y Avilese.

Digo aquí que son ellos los autores porque así lo declaró ante el señor juez en fecha 20 del pasado julio, y como quiera que ha transcurrido ya más de un mes y ninguno de dichos señores ha sido molestado por autoridad alguna, pareciendo ser que se le haya echado tierra al muerto, mantengo en pie mi acusación, presentando a dichos individuos ante los miles de camaradas lectores de EL OBRERO DE LA TIERRA como unos sujetos reaccionarios y enemigos del régimen, ya que con sus insidias y patrañas tienen perturbada la paz y tranquilidad de estos vecinos.

Sirvan, por tanto, estas breves líneas para despejar del horizonte la calumnia lanzada cobardemente contra la honra de dignísimos obreros, que el único delito que han cometido

ha sido el de complicidad encubriendo a su costa a los ya mencionados individuos, en lugar de desenmascararlos valientemente, llevándolos a la cárcel cuando así procediere.

Conste, pues, que los obreros de Avilese no han tenido ni la más remota intervención en los anónimos, pues, conscientes de nuestros deberes y derechos, e inspirados en las normas de lealtad y nobleza de la Unión General de Trabajadores, cuando tenemos que denunciar actos punibles cometidos por los energúmenos de la reacción monarcoal capitalista, o cuando, como en este caso, nos vemos obligados a defender el buen nombre y actuación sin velo de esta Sociedad obrera, lo hacemos así: firmando cuanto escribimos y cuanto decimos.

Pero antes de terminar quiero dar, desde las columnas de nuestro valiente semanario, el más estentóreo viva, capaz de aplastar con su grandeza los bajos y ruines deseos de nuestros enemigos, cuyo objeto primordial consiste en deshacer nuestra organización.

¡Viva la Unión General de Trabajadores de España! ¡Viva la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra! ¡Viva la futura República socialista! ¡Viva la Sociedad Obrera de Avilese!

El secretario, Leopoldo Sánchez.

De Solana de los Barros

Habiendo leído un edicto firmado por el señor alcalde de este pueblo en el «Boletín Oficial» del día 20 del pasado mes, diciendo que quedaba aprobado por unanimidad el presupuesto municipal ordinario de este Municipio para 1932, una Comisión de obreros y vecinos de la localidad nos reunimos y nos pasamos por la tabilla de este Ayuntamiento, y no encontrándola la pedimos al señor secretario (el alcalde no se encontraba en el Ayuntamiento), el cual, sin poner el menor obstáculo, nos la presentó.

He aquí que nosotros deducimos de los gastos previstos 220,28 pesetas en el agua que este Ayuntamiento tiene como un deber dar a sus vecinos, aunque hace ya ocho o nueve meses que el pueblo está sin ella; encontramos la paga de una profesora en partos, así como la de un practicante y las de dos guardas rurales y uniformes para los mismos.

De todo lo indicado de estos gastos tenemos que decir que no existe nada más que un guarda rural y sin más uniforme que la tercera y la bandolera. ¿Quién cobra los demás gastos, señor alcalde? Esta misma pregunta le hicimos también al secretario, sin obtener otra respuesta que pasaría a ingresos para el año venidero.

Vamos a los ingresos y no vemos los gastos antes citados del año anterior como ingresos. ¿Dónde están?

Vemos que este Ayuntamiento paga a Hacienda la contribución de veinti-

una hectáreas de tierra que tiene, y los ingresos de estos bienes comunales no aparecen. ¿Quién los aprovecha? A esta pregunta no sabe contestarnos el secretario.

Creemos que a bienes comunales pertenece también una casa que tiene este Ayuntamiento (la casa cuartel vieja), que la utiliza el señor alcalde y la explota como una posada para los transeúntes. ¿Dónde están los ingresos?

Por todo esto, pedimos a las autoridades que corresponda que envíen delegados que aclaren estos embrollos que la Casa del Pueblo, por acuerdos de sus afiliados, y en protesta de este Ayuntamiento, ha enviado en varias ocasiones; escritos que tienen que obrar en el Gobierno civil de esta provincia, sin que hasta la fecha hayamos tenido resultado alguno. ¿Es que se puede consentir que un Ayuntamiento compuesto por alcalde y concejales agrarios (pertenecientes a la dictadura, en su mayoría) pueda hacer y deshacer sin que la autoridad gubernativa le pida cuentas? ¿O se diga, como en varias ocasiones lo ha manifestado este secretario, que no hace falta delegación ninguna, ya que quien la piden son unos cuantos revolucionarios?

La autoridad a quien correspondía corregirlo tiene la palabra.

Septiembre de 1932.—Por la Comisión: José Silva, Salvador Acedo, Manuel Nieto e Isidro Cuello.

INTRANSIGENCIAS PATRONALES

No se concibe, en ningún sentido, cómo al elemento patronal, particularmente al de Ajalvir, le puede inspirar esa adhesión sin límites, ese odio encarnizado que siente y manifiesta por la Sociedad obrera.

Es incomprensible que hechos tan naturales, tan lógicos, tan necesarios y tan dentro de la ley puedan servir de estímulo a los patronos para que con irracionalidad organicen campañas de represión y ataque contra nuestras organizaciones, y más sañadamente contra humildes trabajadores que pertenecen a nuestra Sociedad.

Esas campañas podrán parecerles a los patronos de una razón y de una lógica contundente; a mí me parecen, a más de ilegales, de un egoísmo y de una falta de comprensión verdaderamente increíble y repulsivo. Esa intransigencia en que están aferrados los patronos es equívoca, contraproducente y hasta perjudicial para sus propios intereses.

Mas el colmo del egoísmo y de la insensatez es que el patrono odie y repudie en el obrero lo que para él acepta y cree conveniente.

Si no, ¿cómo se concibe que odie y maldiga la Sociedad obrera, cuando él mismo, en unión de los suyos, cree necesaria e imprescindible la Sociedad patronal? ¿Cómo se comprende que el patrono sea refractario a que el obrero se organice para defender sus legítimos intereses, cuando él se organiza para la defensa de los suyos?

¿Cabe mayor absurdo? ¿En qué mente, por obscura que sea, puede germinar tanto egoísmo? ¿Qué derechos tiene el patrono que no pueda tener el obrero? ¿Qué ley natural puede conceder privilegios exclusivos al patrono mientras al obrero le aparta y excluye de su legal protección? ¿Es que no puede el obrero ejercitar sus derechos ciudadanos con la misma libertad y garantía que el patrono? ¿Es que la ley no le permite al obrero reclamar libremente todas sus reivindicaciones? ¿Es que cívicamente es inferior el obrero al patrono? ¿Cree el patrono que toda la vida ha de tener predominio su arbitraria voluntad y su capricho, absurdo y egoísta? ¿Por qué? ¿Por su situación económica? ¿Por su dinero? ¡Bah! Su dinero podrá proporcionarle un bienestar económico, un medio de vida espléndido, confortable, opulento; pero no un derecho.

Con su dinero podrá hacer riquísimos y suntuosos palacios; pero no leyes y derechos absolutistas y de privilegios. Con su dinero podrá gozar y disfrutar de cuantas atracciones crea convenientes y agradables, pero no tener un poder absoluto e imperativo sobre los humildes; con su dinero podrá tener obreros que trabajen y desarrollen su industria, pero no esclavos a propósito para vil e infame explotación; con su dinero, en fin, podrá ser dueño y señor de fantásticas e incalculables riquezas, pero jamás podrá hacer prevalecer su criterio insensato a la conciencia y libérrima voluntad del obrero disciplinado.

Negar al obrero el derecho de asociarse es pretender hundirle en la más baja y ruin inferioridad. Sería inhumano hacer prevalecer tan injusto criterio. Como ciudadano, como trabajador, como elemento directo de producción tiene el obrero el perfectísimo derecho de exigir le sean respetadas y garantizadas íntegramente todas las reivindicaciones sociales, políticas y jurídicas, al mismo tiempo que como fin propio a su actividad debe alcanzar un bien particular; es decir, que como producto de su trabajo ha de hallar una remuneración que le pro-

porcione un bienestar económico que le aparte por completo de la penuria y de la miseria.

Para que sus reivindicaciones no sean postergadas, para que sus derechos no sean rebajados y pisoteados, para que sus escasos intereses no sufran el infame zarpazo de la explotación, tiene el obrero el ineludible deber de luchar y defenderse de la clase antagonista, que despiadada e inhumanamente le oprime y esclaviza.

Convencido el obrero de que esa fuerza que le es tan necesaria no la puede hallar en el reducido círculo de su individualidad, acude al terreno colectivo, y uniéndose a sus semejantes de clase e ideología forman la organización social bajo una ley y una disciplina.

Ahora bien; dada la conciencia burguesa, ¿qué sería el obrero sin la organización social de su clase? ¿Qué sería de las justas y legítimas aspiraciones de la clase proletaria si no fuera por la unión y el espíritu del esfuerzo colectivo que emana de la Sociedad?

Más reflexión, señores patronos; más reflexión...

Con un poquito más de benevolencia y de amor a sus semejantes quizá realicen acciones más humanas, más nobles, más dignas, más patriotas... Si nos dejamos dominar por impulsos egoístas, si sólo obramos con miras a nuestros intereses particulares, si todos cuantos hechos realizamos en la vida carecen de razón y de lógica y sólo son dictados de nuestra pasión abyecta, entonces, ¿existe la conciencia?

Depongan los patronos su injusta actitud y vean en la organización obrera, no una rebelde imposición de la clase proletaria hacia fines destructivos y demagógicos, sino una perentoria necesidad a que obliga la cultura y la civilización.

Acatar lo que preceptúan las leyes sociales es un deber de civilización a que todos los ciudadanos estamos obligados.

MARIANO HEBRERO GARCIA

Ajalvir.

PROPAGANDA EN ASTURIAS

Los días 1 y 7 de septiembre se celebraron actos de propaganda agraria en los pueblos de Blimea y Sotomonte, respectivamente.

En ambos intervino el secretario del Sindicato Provincial de Agricultores Asturianos, camarada Manuel Martínez, el cual expuso las principales características de la Reforma agraria y las aspiraciones de dicha organización en materia de arrendamientos.

Fustigó con dureza al caciquismo, al ejército y a la Iglesia, por entender que esas tres instituciones estuvieron siempre al servicio del capitalismo oprimieron al pueblo para evitar su emancipación.

Recomendó a los agricultores salir de su indolencia para engrosar los cuadros de la organización sindical, haciendo un frente con sus hermanos obreros de la industria, como único medio de establecer una sociedad más justa e igualitaria que la presente. Fué muy aplaudido.

LABOR

El número del teléfono de la Federación es el 41665

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo.



Los compañeros Julián Besteiro, Lucio Martínez y los delegados de la Internacional después de la inauguración del Congreso de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra.

Ayuntamiento de Madrid